

---

# Trabajar en lo echado a perder

Tina Zerega

*Universidad Casa Grande*

---

---

**Diciembre de 2023**

«ES QUE ESTOS YA NO SON NIÑOS». Es la frase más dura que escuché en ese diciembre, cuando un grupo de voluntarios de la universidad ingresamos a un colegio público de la ciudad de Guayaquil, cerca de la vía Daule. Íbamos a hacer talleres poscrisis con profesores y padres, junto a la Subsecretaría de Educación y los bomberos. Habían asesinado a uno de sus docentes en un microbús, con cinco tiros. Se decía que fueron dos menores de edad. Se decía que vestían el uniforme del colegio. Y contaban cómo habían puesto bombas en un par de fábricas cerca y cómo les solicitaban «vacunas» —esto es, extorsiones— en los buses que llevaban los niños al colegio. Pagar una vacuna prevenía que te asesinen en un microbús, en una tienda, a la entrada de un colegio. Y ya nadie quería volver a educarse. He ido sin pensarlo mucho. O pensando un poco en compensar la condición de profesora universitaria alejada de ciertos entornos, que me genera una culpa no católica. O por un espíritu etnográfico que cultivé desde niña, aunque nunca me sentí tan niña. Ciertas cosas prefiero verlas por mí misma a que me las cuenten. «Es que estos no son niños». No lo ha dicho cualquiera. Lo ha dicho una maestra de segundo de básica. De niños de seis o siete años. Hay niños que han perdido la infancia mientras aún la habitaban, y el mundo deja de verlos como tales. Podríamos convertir la infancia en una medida de tiempo. ¿Te acuerdas de cuando las farmacias eran solo farmacias, no como ahora que son supermercados? ¿Te acuerdas de cuando los niños

eran solo niños? Me inicié en la docencia como maestra de segundo de básica. A veces me refería a mis alumnos como «pandilleritos», pero porque manchaban las paredes o la mesa con pintura de manos. O se tiraban agua en el lavadero y parecían salidos de juego de carnaval de febrero. Mis niños, sin embargo, siempre fueron niños. Pero aquí había una docente para la que sus niños no eran niños. Y había unos niños que no eran niños que al parecer habían asesinado a ese maestro. «Han puesto balas en mi escritorio», han dicho ella y otras maestras. No una manzana. No una galleta. Imaginaba las balas bailando dentro de una cartuchera de muñequito. O sin muñequito. Cartuchera escondida o expuesta según el colegio tuviese o no la política de aprobar el uso exclusivo de la mochila transparente. Las balas dormían allí, junto con un lápiz o una pluma con un *sticker* con un nombre, como me obligaba a colocar mi madre en mis útiles escolares. Porque igual en las clases en que los niños eran niños, las cosas se perdían. Imaginaba las balas en las cartucheras de aquellos que las gatillaron en ese bus. O que dicen que las gatillaron. Me preguntaba si las sacaron de una cartuchera de animalitos. Lobos. Tigres. Lagartos. Águilas. Tiburones. Como los nombres de los grupos de delincuencia organizada. Si se las gastaron todas o las guardaron para colocarlas en el escritorio de una maestra.

En el taller del día siguiente noté que un padre de familia no colocó su nombre en el *sticker* de identificación, ese que me hacía poner mi madre en el lápiz. Puso solo una letra. Cuando le pregunté/reclamé, como habría hecho mi madre, me dijo: «Yo no sé al lado de quién estoy sentado, de quiénes estamos sentados». Entendí que allí algunos padres tampoco eran solo padres. Quizá también tenían balas como sus hijos en cartucheras sin muñequitos. Solo cartucheras. Pero en brazos y manos con tatuajes de lobos. Tiguerones. Lagartos. Tiburones. A aquel padre tuve que llamarlo J. En ese momento supe que el taller estaba perdido. Que no se podía volver a ese colegio si la maestra de segundo de básica ya pensaba que los niños no eran niños. Y J. que los padres no eran padres. Era un punto del que era difícil volver. Me preguntaba

qué hacía allí. Con mi nombre y apellido en el *sticker*. Al tercer día se canceló el taller. A esas alturas estaban, estábamos, todos amenazados. Allí se quedaron las cartas que escribieron las docentes de segundo, tercero y cuarto grado, y de los padres que sí eran padres, para los niños que sí eran niños, en que les comentaban su alegría por verlos volver a estudiar. Allí quedaron nuestras dinámicas, quizá demasiado ingenuas, de tomar aire y expulsarlo como ejercicio de autorregulación. Claro, eso íbamos a hacer frente a una bala en el escritorio. Allí quedaron las copias de nuestros versos de Jorge Velosa:

Somos miles de miles  
y dijeron que mil;  
somos gentes de bien  
y dijeron de mal;  
flores que van segando  
por querer un país,  
un paisito de todos  
para vivir en paz.

Somos grito de gritos,  
cacerolas de luz,  
un trueno que retumba  
con la fuerza del mar,  
cuando rompe el letargo  
que acumula en su ser,  
cuando dice allá voy  
y decide empujar.

[...] armados de la gana  
que la vida parió,  
con el eco del trueno,  
con la fuerza del mar.

No había palabras para la experiencia. Y si había, quizá no estaban en verso. No nos sentíamos como miles. Ni vencimos nada ese diciembre, por muy armados que estábamos de ganas. Pero inhalamos. Exhalamos. Esa batalla estaba perdida. Pero quizá no la guerra.

Al día siguiente me escribió un mensaje la dueña de esa tienda de objetos usados donde suelo encontrar cosas. Hay una en el centro comercial frente a mi trabajo, que no es solo un centro comercial. «Hallados» se llama. Allá empecé a comprar ropa en mis veintes, después del feriado bancario, cuando mi mamá decía que era vergonzoso contar que usabas ropa usada. Pero antes muertas que sencillas. O antes quebradas en sucres –y luego en dólares– que sencillas. Pero ahora puedo decirlo con orgullo y me califican hasta de «sostenible». Aunque en el fondo no lo sea, porque una vez al año compro cosas en Temu, seguramente ensambladas por un niño bajo una mesa al que le pagan centavos. En Asia hay muchos niños que no son niños. Ya no me propongo vencer al capitalismo. Uno sabe qué guerras están perdidas. Luego en esa tienda empezaron a vender más cosas. Mesas, adornos, utensilios de cocina. Así he hallado quizá el 30 % de mi casa. Cuando quiero algo, espero. El tiempo del capitalismo es perfecto. Todo llega –usado, 2 × 1, en descuento– al que sabe esperar. La mujer sabe qué cosas busco, apaño, colecciono, restauro. Me ha enviado una foto de una diosa china de porcelana. «Pensé que podría gustarle», dice. La he comprado sin pensarlo mucho. Me ha gustado una florecilla que lleva en la mano. En casa la he puesto a lado de San Antonio, el Santo que busca novio y cosas perdidas. En el escalafón de santos lo coloco arriba de santa Elena, que es a quien recurro cuando se pierden cosas pequeñas, como me enseñó mi madre. Porque es mujer, y las mujeres siempre encontramos las cosas. No como los hombres. Además, para qué molestar a san Antonio por unas llaves o un par de aretes. «Santa Elena fue a la mar. Cruz y clavos fue a buscar. Repárame gran señor lo que yo vengo a buscar. Que aparezca, que aparezca, que aparezca». Y las cosas aparecían.

Recibí a san Antonio como regalo de Navidad. No lo he volteado, como se estila, porque me cuesta pedir favores sobre el amor. Pienso dejarlo así, hasta que sienta que en verdad la soledad es insoportable o que algo se ha perdido para siempre, y pedirle que interceda. También porque tengo vergüenza con él, porque en una fiesta nocturna, con

mucho alcohol –no somos de esa generación actual que se divierte en las mañanas en celebraciones en las que solo se toma café–, una amiga, para que me encuentre un novio, lo amarró y volteó en un vaso de agua, como torturan en Guantánamo o torturaban en cualquier dictadura latinoamericana. Y creo que san Antonio se ha resentido. Yo también me resentiría. Mi amiga y yo hemos pedido disculpas, pero no tengo cara para molestarlo después del *bullying*. He puesto a la diosa china aún sin nombre también a lado del diablo Huma, que no desentona en absoluto ahora que está de moda el gótico andino. Siempre he querido ver la bajada de los diablos de la montaña en el carnaval de Uquía. Por el momento, me quedo con los que bajan a las 3:00 A. M. durante los insomnios. En plural.

Para salir de la ignorancia, y ver si la diosa era diosa y no una jardinera china gorda y sonriente, he consultado a un amigo budista. «Es Guanyin», me ha dicho. La diosa de la compasión y de la misericordia. Protege a los niños, a los marineros y viajeros. Calma las tormentas. «Mira con ojos compasivos –continúa–, incluso a aquellos que consideramos enemigos, y nos invita a intercambiarnos con los que sufren». Incluso a los animales organizados, supongo. Tigres. Lobos. Tiburones. La mafia de la salud. La mafia albanesa. A su lado he puesto un pequeño dragón de jade. O de imitación de jade. Porque en unas semanas finaliza el año chino y para el siguiente toca el año del dragón. Eso sí, sabíamos que iba a quemarlo todo. Siempre hay que desconfiar de los animales alados que botan fuego.

He comprado unos años viejos para quemar. Diminutos. Más diminutos que mis niños que sí eran niños, los de segundo de básica. El espíritu me da solo para quemar cosas pequeñas. Y con los años, estoy muy vieja para años viejos grandes. Muy pesados, mucho tiempo para transformarse en cenizas, mucho peso para cargar sola. Habrá que esperar hasta que san Antonio resuelva. El personaje elegido para quemar es una niña llamada Miércoles, hija de una familia de monstruos. Tiene un amigo que es una mano. Y se llama Mano. Me gustan esos nombres sin pretensiones. Pero era una niña que era niña al fin y al

cabo. Tiene un humor negro escalofriante, pero no dejaba balas a sus maestros. He comprado además la muñeca gigante y un guardia de la serie *El juego del calamar*. Esa muñeca gigante no era solo una muñeca: lanzaba balas en medio del juego mientras cantaba «Luz verde, puedes moverte» a todo aquel que, según ella, se movía cuando no debía. Y a veces miraba mal, así que igual les caía a los jugadores una bala en ojos, narices o brazos, aunque no se movieran. Como primer juego, resultaba siniestro. Pero como ya no respetamos nada, tenemos una versión en tecnocumbia de la canción cantada por la Tigresa del Oriente. Los he puesto en mi pequeña sala de mi departamento de Urdesa Central. O quizá no sea tan pequeña, según con qué se la compare. Hay unos departamentos-ataúdes en China que son como una caja de muertos. Es donde seguramente duermen los que ensamblan cosas para Temu, cuando no lo hagan en las fábricas.

Hemos decidido no vernos con mi familia para fin de año. Por mi casa hay un secuestro cada dos días ese diciembre. Y aunque sé que no es Sociovivienda, Flor de Bastión, Ladrillera, Monte Sinaí, Nigeria o Sergio Toral, o esos barrios suburbanos de Guayaquil que sí aparecen con el nombre completo en las coberturas de la crónica roja, los peligros se sentían como miles de miles. Me he hecho un mal sándwich de pavo y abierto un whisky. Intento quemar a Miércoles. Primero lo intenté en el balcón, el que es del tamaño de los departamentos-ataúd, porque no sabía si debería salir, bajar, con un celular o no, con una copa o no, con un año viejo, pequeño o no. No vaya a ser que los vecinos ya no sean vecinos. Pero luego veo algunos en la calle. Rodeados de niños que parecen niños. Y he confiado en que los vecinos sean vecinos. Y les he dicho mi nombre completo. Y he arrimado mi Miércoles a su año viejo de verdad para aprovecharme de su fuego, sus camaretas y su alegría. Y he regresado a seguir tomando whisky. Y a escuchar salsa. Y a guardar el mal sándwich que quedó a medias, porque mañana o pasado con hambre sabrá diferente. Y a hacer las llamadas de rigor de buen fin de año, cuando sé que otras cosas se están quemando. Y a postear en Instagram las imágenes de la pequeña piromancia, porque la miseria

igual debe buscar *likes*. Y he dicho que todo será mejor, pero no. Sé que no. Sé que el dragón, que siempre es dragón, va a venir a quemarlo todo.

Spotify me informa de que la canción que más he escuchado este año es «Yo soy la muerte», del Gran Combo. Y este año ha sido, he sido la muerte. Me he quedado con la muñeca y con el guardia rojo. Los he guardado sin pensarlo mucho, porque finalmente son como unos asesinos, pero de papel maché. Los he colocado a lado del año viejo del COVID, que no se pudo quemar dos años nuevos seguidos porque transformaron las cuarentenas en estados de excepción esos dos fines de año. Y en esa época nos los tomábamos en serio. No como ahora, que no hay cómo hacerlo, porque, en el último año, de 365 días, 325 han sido estados de excepción. Y porque creo que la pandemia no ha terminado, aunque quedan cada vez menos restos, aunque nos haya calado hasta los huesos. En el desayuno familiar del día siguiente, porque reunirse durante el día es menos peligroso, o más bien parece menos peligroso, mi madre dirá que esos muñecos no hacen más que atraer polilla y mala suerte.

Pero quizá el dragón los queme, nos queme antes. Y los transforme en cenizas.

## **Enero de 2024**

7 de enero de 2024. José Adolfo Macías, alias *Fito*, líder de Los Choneros, ha huido de la cárcel regional de Guayaquil. «Es el jefe y patrón, señores. Es Adolfo Macías Villamar», dice el corrido del León, cantado por Mariachi Bravo *ft.* Queen Michelle, hija de Fito. Canta en un video que sigue colgado en YouTube con más de un millón de visualizaciones. Más gente escucha a Fito que la que votó por la mayoría de los candidatos presidenciales en 2025. Está preso desde el 2011, aunque queda claro que la cárcel era para él una oficina. El video incluso se ha filmado allí. Dicen que lo buscan en 196 países. Quizá san

Antonio ayude por un tipo tan tan perdido. «Por sus venas corre sangre buena. Por usted yo me saco el sombrero. Un buen hombre y un gran caballero», siguen cantando Mariachi Bravo *ft.* Queen Michelle, que, como dije, es su hija. Cero conflicto de interés. Se ha escapado frente a nuestras narices, pies, manos, ojos, cámaras de este país, de este paisito. Frente a miles de miles. Al parecer, no regresó de un chequeo médico. En mi trabajo, alguna vez lo he hecho, eso de no regresar después de un chequeo, y alguien me escribe, me llama, se preocupa. Y no es que crea ser una dama, o que por mis venas corra sangre tan buena. Pero nadie lo hace por Fito, no. Fabricio Colón Pico, líder de Los Lobos, se ha fugado de una cárcel de Riobamba por esas mismas fechas. A veces basta con soltar un tigre y un lobo para generar un desastre.

El 8 hemos tenido una reunión en la universidad y conversado del proyecto del colegio. Hemos entonado el *mea culpa* de la ingenuidad, la imprudencia, la vocación desbocada. Hemos decidido esperar un tiempo. Ir con cautela. No es la primera vez que debemos salir de algún lugar porque nos sentimos amenazados, porque no confiamos, porque no sabemos con quién más estamos allí. Como le sucedía a J. Se siente una suerte de tristeza, una suerte de impotencia. No como una cacerola de luz, o trueno que retumba. Había que salir de allí.

Para el 9 de enero la ciudad revienta. Ya había pasado el 1 de noviembre del 2022, pero quizá, como se atacaron solo las Unidades de Policías Comunitarias, lo recordamos menos. Ahora hubo atentados con armas a unidades judiciales, de policías, centros comerciales, hospitales, nuevas masacres, balaceras en vías principales. Se ha dicho que la ciudad está «bajo ataque», que las bandas andan «rulay». «Andamo' rulay, andamo rulay. 100 % lo' tiguieron. Siempre con la Glo', siempre con la Glo'. Siempre con la Glo'. Vuela lo' 40 con el peine 30. Siempre la disparo, nunca se calienta. Llamo la doble, ya dio la orden. Empezó el desorden, ya sabemo' dónde. Dónde que te e'conde'. Tigres activo, puertas adentro. No que no miento, todo lo siento. Si digo te reviento, mira porque te reviento». La canción, himno de los Tiguerones, está disponible en Spotify como la de Fito lo está



en YouTube. Cuándo le ha importado a ninguna plataforma que se viralice la narcocultura. «Libertad de expresión», ha dicho Elon Musk. Más de 2,5 millones de reproducciones. Que eso sí es mucho más que la votación que lograron catorce de los dieciséis candidatos la primera vuelta electoral del 2025.

De repente todos jugábamos a «Luz verde, puedes moverte». Pero la muñeca que dispara tiene gatilleros de distintos animales. Y ya son demasiadas bestias sueltas en las calles. Otros –lo sabemos– están bien guardados en sus casas, en sus *rooftops*, en sus piscinas, en urbanizaciones cuyos nombres nunca van a aparecer en la crónica roja. Ni siquiera siglas. Hallando formas de lavar, vender, sacar desde puertos. Pero los animales no son tan educados, son más salvajes y hacen mucho más ruido.

No se sabe qué animal tira del gatillo en el centro comercial que queda cerca del lugar donde trabajo, que lleva años juntando firmas para que muevan la Unidad Judicial Penal Norte 2. Ahora queda a lado de una farmacia que ya no es farmacia, y de una tienda en la que compro maquillajes y tratamientos para domar el pelo en los términos en que los estereotipos de belleza nos piden a las mujeres. No pretendo ya vencer al capitalismo. Entonces una podría probarse un rímel o base hasta que inicie la audiencia. Nos hemos acostumbrado a las marchas contra los feminicidas, los buses de los que bajan presidiarios y sus torpes intentos de fuga, las amenazas de bombas que no existen o no explotan durante las audiencias. Nos hemos acostumbrado al centro comercial que no es centro comercial. A las bombas que no son bombas. Siempre agradezco en esos casos nuestro cuartomundismo, este crimen que a veces parece más desorganizado que organizado. Porque estas cosas no le pasaban a Pablo Escobar. Han matado a dos guardías o a dos policías: cómo saber si el centro comercial tampoco es un centro comercial, sino también la Unidad Judicial Penal 2. Cómo saber de quién finalmente es ese uniforme. Es más difícil des acostumbrarse de la imagen de esos cuerpos, que yacen tirados en el parqueo vacío, vestidos de negro. Había que

salir de allí. Había que tratar de resguardarse en la casa, aunque seguía habiendo secuestros cada dos días y rogarle –aún no a san Antonio– que en las calles estén vecinos, que sean vecinos.

El 9 de enero la ciudad ha reventado. Los Tiguerones han atacado el canal de TC televisión con armas y lo transmiten en vivo. Trece sujetos armados. Trece sujetitos más bien, porque no llegan a sujetos según mi ojo educado: esos tiguerones son niños y parecen niños. Se han vestido para la televisión. Con sus galas y marcas. Pero tienen la arrogancia y la torpeza de cierta adolescencia, que una ubica desde que dio clases a los pandilleritos, aunque haya sido en un colegio de clase media. Y una sabe que se los van a bajar en unos pocos minutos. Con sus nikes y adidas. Y así fue. Y el presidente ha decretado «Conflicto armado interno», porque, claro, ahora nos atacaban por televisión. Y los estados de excepción vuelven a ser estados de excepción. ¿Por qué decirle guerra si no es una guerra, una como esas de las que leyó o lee una, la Primera, la Segunda, la de Ucrania, si no caen bombas como en la franja de Gaza? ¿Pero, por otra parte, por qué no decirle guerra solo porque se pelea en barrios marginales, en Sociovivienda, en Flor de Bastión, en la Sergio Toral, en Monte Sinaí, en medio de habitantes que no son animales y de niños que son niños? ¿Por qué no decirle guerra si las balas –perdidas y no perdidas– cruzan buses, tricimotos, tiendas, escuelas, fábricas, dormitorios y cuerpos, sobre todo cuerpos, y se colocan en escritorios de maestras? ¿Por qué no decirle guerra solo porque unos salen a pelearla en las mañanas y, cuando escapan de las balas, regresan a dormir a su casa en las noches?

Al otro día «la gente de bien» nos hemos quedado inmóviles de nuevo en nuestra casa. Vencidos por el miedo. Y desarmados de ganas. Parecían miles de miles. Cocinando en nuestras cacerolas. Pidiendo comida a domicilio como en pandemia. Mirando en Tiktok, a veces con comentarios de aplauso, a veces de reproche, las imágenes de policías o militares que golpeaban a jóvenes, con las libertades que otorga el estado de excepción –en el que ya no importa si esos jóvenes son o no jóvenes o los ciudadanos son ciudadanos– mientras les preguntan si

«es'tan rulay» o no. Otras veces, son imágenes de jóvenes con pistolas de bajo calibre y escopetas, desafiando la muerte, en estado rulay. Aun así, no se siente que algo se ha perdido para siempre.

En el inicio era el conflicto armado.

## Diciembre de 2024

Habían desaparecido cuatro niños negros de las Malvinas. Ismael. Josué. Nehemías. Steven. He tenido que consultar dos nombres. Ya ha pasado algún tiempo. Digo «negros» porque eran negros. Pero quizá soy muy blanca para escribir «negros». Y —aunque cuenta mi madre que tuve un abuelo al que le decían «negro», al que no educaron porque su-piel-era-muy-oscura-y-total-para-qué— quizá debo escribir «afroecuatoriano». Pero sé que se los llevaron por negros. 8 de diciembre del 2024. Habían salido de las Malvinas a buscar una cancha. Porque estamos en la ciudad en donde es un problema estar en paz en una en cualquier barrio suburbano. Y se los habían llevado unos militares. Aún no se sabe bien por qué. Una denuncia de robo se dice. Que no se ha comprobado hasta hoy. En un video se los ve en la parte trasera de una camioneta militar. «No parecían niños», es lo poco que hemos podido escuchar de uno de los militares, que tampoco son siempre militares. Cuando eres militar, quizá todos te parecen enemigos. Han educado tu ojo para eso. Y además tienes licencia para matar en un conflicto armado. En estos casos, ya las palabras, las voces de los sujetos, víctimas o victimarios, desaparecen. Porque pueden decir poco o demasiado. Como a veces me parece en este texto. Mejor que los abogados hablen con sus trajes y jergas. Y los relatos no se salgan de control. Y ellos pronuncian con más facilidad *habeas corpus*. O *desaparición forzada*. O *ejecución extrajudicial*. Sabíamos que no eran los primeros. Desde el 2020 desaparecen unas siete mil u ocho mil personas anualmente en el Ecuador: unas trescientas aparecen muertas y otras setecientas no aparecen. Del 2014 al 2024 existen 146 denuncias de desapariciones

forzadas en la Fiscalía. Determinar un número es complejo, porque según quién cuente –el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos (CDH), la Fiscalía General del Estado de Ecuador, el Ministerio del Interior o la Asociación de Familiares y Amigos de Personas Desaparecidas en Ecuador– el número varía.

«No parecían niños», es lo poco que hemos podido escuchar de uno de esos militares. Como decía la profesora de segundo grado. Se sabe que hubo una llamada. Alguien llama a uno de los padres. Desde Taura. «Ya sabes, tienes para venirlos a ver aquí máximo en 45 minutos, porque a esos muchachos se los va a llevar la mafia». El padre llama a la policía –aunque tampoco sabemos si la policía es policía o si toda la policía es policía–, pero nadie encuentra rastro de los niños que habían confundido con los que no parecían niños. Y no era una condición de la que se podía volver. No recuerdo cuándo se viralizó. No tengo registro. Lo compartí como historia en una plataforma, lo que implica que desapareció de mi cuenta en veinticuatro horas. Como desaparece todo en esas redes sociales. Pero hemos hecho nuestro activismo digital.

Alguna noche, de esas en que bajan los demonios, he soñado con los niños. Casi nunca sueño conmigo misma. En el sueño, he tomado la llave para salir de mi casa y una voz me ha recordado: «Esos niños no son tuyos». Me he detenido en seco. Pero luego he continuado hacia la puerta. Y me he despertado.

Por las mismas semanas de la desaparición de los cuatro, habían atrapado a los sicarios que mataron al esposo de la alcaldesa de Durán. Tenían dieciséis y diecisiete años. Y de repente, parece que ningún niño era niño. Sobre todo si el pantone de piel era más oscuro. Papel *kraft*, dice un amigo, que además es de ese tono. Pero los niños que son niños tampoco detienen a los sicarios que hemos también decidido ver solo como sicarios. Balas vienen, balas van y se llevan a niños en medio. Comprendo, comprendo muchas cosas porque miro desde niña, pero no encuentro disculpas para eso. No te disculpa la pobreza o la falta de educación si decides ser sicario, si decides ser gatillero, si decides traficar. Hay miles de miles que no lo deciden. Hay que hacerse cargo,

de que se tomó un arma, de que se la gatilló, a veces con un bebé de meses en medio. Hay que hacerse cargo si consumes droga, también de que eso que se toma, se inyecta en las venas, se aspira por la nariz, aquí y en otros lugares del mundo, está cargado de sangre. Recuerdo un par de niños de pocos meses asesinados en masacres barriales. Meses. Por sí solo basta como muestra de maldad, de inhumanidad.

Desde niña me interesó entender la maldad. Mientras otros niños, quizá más niños que yo, querían cuentos infantiles, yo pedía la enciclopedia del Holocausto, la de la Segunda Guerra Mundial. Veía las fotos de los cuerpos apilados. Leía fragmentos de los juicios de Núremberg. No sabía pronunciarlo o dónde quedaba, pero los leía. De mayor, compré también documentales. Escuchaba las declaraciones de los juicios. Recuerdo algunas líneas: «Qué hice yo. Qué hice. No éramos malos, solo obedecíamos». Otras y otros creo que solo quieren ver el mundo arder.

Con el tiempo, para mí, la maldad se reduce a una mirada. Lo he aprendido cruzando en la noche o madrugada las calles del centro, de Rumichaca, de la Machala. Atravesando cualquier puente peatonal en la noche. Por una mirada me he cruzado de calle. O he buscado un poste de luz. O he esperado a que alguien me rebase. Pero para cualquier sistema de justicia, la maldad debe probarse. No basta con decir «me ha mirado mal». Y por eso he procedido. Hay un proceso penal. Un proceso jurídico. Con el discreto encanto de la corrupción del cuarto mundo, pero lo hay.

Habría que contar. 16 militares estaban implicados en el caso. 16 personas que hubieran podido hacer algo. 16 oportunidades para cambiar el final de esa historia. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. Suenan a miles de miles. 17, si contamos al que llamó. 18 o más si incluimos a los de la mafia que se los llevaron después. Y que quizá no debían obedecer a nadie –sargento, sargento mayor, subteniente, teniente o cualquier otro– en ese pantano. 16 o más que quizá pudieron decir «son solo niños», «dejémoslos ir». Mostrar algo de compasión en ese pantano y no hundirlo todo. Tener su momento de Guanyin.

Me pregunto, cuando no me pongo en la posición de alma bella, si yo hubiese dicho algo. Si hubiese sido el hombre del teléfono, ¿los hubiese guardado en mi casa? De haberlos visto bien desde un auto, de no haber tenido los ojos en el celular, de haber sido un transeúnte, ¿me hubiese parado a preguntar? ¿Me habrían parecido niños? Si me hubiese cruzado de calle. Detenido en seco. O deslizado hacia abajo el dedo en la pantalla para mirar otro video de Tiktok. No tengo una respuesta en medio del conflicto que parece guerra. Es inhumanidad. Culpa. Cobardía. O todo al mismo tiempo.

Como si no hubiese suficiente torpeza, el adulto 19 los declara héroes antes de encontrar los cuerpos. Ingenuidad. Estupidez. Inhumanidad. Culpa. Imprudencia. O todo al mismo tiempo. Mientras, el adulto 19 se ha tatuado un ave Fénix, aunque no sé si se necesitan más animales. Mientras, transito por la Seis de Marzo llena de años viejos de héroes: Hulk, Tánatos o Superman. Yo en cambio he ido a comprar a Tristeza, de la película *Intensamente*. Me costó encontrarla porque no es un personaje tan popular como Alegría, pero este ha sido un año triste y oscuro desde occidente o desde oriente. He salido finalmente con Tristeza. Con dos dragones para quemarlos poco después, cuando llegue el año de la serpiente. Y un Totoro que pienso guardar igual, diga lo que diga mi madre, porque a estas alturas es difícil tener más mala suerte.

Este fin de año hemos decidido nuevamente con mi familia no vernos. Con la cosa como está, no deberíamos, como dicen en mi querida Rumichaca, «dar papaya». Más planificada este año, me he gestionado una porción de pavo. Y media botella de tequila que sobró de alguna juerga en el año del dragón que terminó, como sabíamos, quemándolo todo. Pero, menos mal, sin ningún santo ahogado.

He ido con mi colega y amigo budista a leer el I-Chin del 2025, como hace cualquier estudioso que no se respete, cuando la ciencia no da para responder las preguntas de verdad. No las que preguntan quiénes o dónde, sino cómo, por qué llegamos hasta aquí. Y cómo avanzar. Hay eventos del orden del Misterio. Y luego he tomado mis cuatro años viejos. Y me he ido.

En la tarde-noche se confirma lo que sabía ya mi inconsciente: los cuatro de las Malvinas están muertos. Cuatro cuerpos quemados. Incinerados. Uno de los padres logra reconocerlo por los pies. Porque no hay cabeza. He llorado un poco en mi cocina pequeñoburguesa. He debido ir a algún plantón, he querido. Pero a veces siento demasiada culpa por ser blanca. Alguien podría mirarme mal. Y tendría quizá razón. Vergüenza. Estupidez. Inhumanidad. Culpa. Imprudencia. Me refiero a mi posición. O todo al mismo tiempo. Pero los revolucionarios, los que últimamente solo tienen candidatos títeres, a esos no les da ninguna culpa, ninguna vergüenza, ni les parece inhumano ir a capitalizar la tragedia. Y se han presentado. Y los han sacado en quema.

Luego he bajado a celebrar con los vecinos que espero sigan siendo vecinos. Y si no son, pues ya no importa. Después de un par de *shots*, ya los miro como vecinos. Sigo sin poder divertirme solo con caféina, la bebida de la atención. Me agota esta nueva ciudad, esta nueva vida pospandemia en la que siempre hay que estar despierta, atenta. Atenta al que cruza la calle. Atenta al que camina detrás. Atenta a la notificación del WhatsApp. Atenta a la notificación del *mail*. Atenta a la notificación de Slack, que ha sido la novedad de la oficina. Detestable para los que no queremos estar presentes en ninguna plataforma más en la que nos soliciten cosas. Atenta a la crisis por venir: de violencia, de luz, económica. Atenta. Atenta. Ya necesito algo que me *desatente*. Y he arrimado mi Tristeza a su año viejo de verdad para aprovecharme de nuevo de su fuego, sus camaretas. Y ellos sí queman a Alegría. Se quemó Tristeza con la tristeza de confirmar que en el humano pueden habitar todas las crueldades, maldades, imprudencias. O todas juntas. Y he regresado a seguir tomando tequila. Y a escuchar salsa. Y a hacer las llamadas de rigor de buen fin de año, cuando sé que otras cosas ya se han quemado. Y a recibir los mensajes de «Feliz año». De «Felijaño» más bien, como decimos en Guayaquil. Y no he podido postear en Instagram las imágenes de la pequeña piromancia, porque sería demasiado miserable buscar *likes* en medio de esto. Ni pondré el avatar de luto, que es lo que se estila en los mecanismos de indignación

digital. Y he dicho de nuevo que todo será mejor, pero podría quemar la cuadra, y no se sentiría así. Spotify me comunica que mi canción más escuchada del año es Sonido Bestial, de Bobby Cruz y Richie Ray. «Tú que decías que ya no servía –Oye, tú que decías que ya no salía. Ahora mismito, mi hermano, yo te vengo a saludar. Escucha, escucha. Oye sonar las trompetas, oye los cueros sonar. Ricardo viene de frente con su sonido bestial. Que ahí viene Richie y viene vira'o. Como bestia, tocando un tumba'o».

Y así ha sido –medio bestial medio animal– este año.

Y los demonios han bajado a las 3:00 A. M. Y he escrito este texto, sin pretender nada más con él que callar a los demonios. Y hacer un balance. Pero luego alguien que no me conocía y que no sabía de la existencia de este texto me ha pedido que escriba algo como esto, sobre esto. O que quise entender que era algo como esto. Hay eventos del orden del Misterio. Y en otras madrugadas góticas, pero tropicales, lo he reescrito. Mientras prendo una vela a san Judas, que es el santo de las causas perdidas y situaciones difíciles. Porque creo que ya hemos salido de la jurisdicción de san Antonio.

El I-Chin había cerrado con dos consejos. El primero: no perder el entusiasmo. Conservarlo. Contagiarlo. Como un bien. También sobre ese entusiasmo ha dicho que hay que volar pero bajo, que hay que evitar pensar en grande. Que en lo pequeño hay ventura. El segundo, el hexagrama dieciocho, me parece más importante en este tiempo, en este contexto, en este cruel día: trabajar en lo echado a perder y a pesar de lo que hayamos perdido.

En una arqueología de la tragedia, me pregunto cuándo lo echamos a perder, cuándo empezó a echarse a perder: ¿Cuándo de niña veía desde la ventana bajar a mi padre a la calle Piedrahita y Santa Elena a pelear con pandilleros porque se golpeaban con los retrovisores de su carro? ¿Cuándo en alguna etnografía con expandilleros Latin o Ñetas o ambos, hace veinte años, alguno me decía «no, nosotros no somos malos, pero hay unos choneros...»? ¿Cuándo Francisco Huerta en la comisión de Angostura de 2009 indicaba que había el riesgo de una



narcodemocracia? ¿Cuando el Grupo Armado Organizado Residual secuestra y luego asesina a periodistas de *El Comercio* en 2018? ¿Cuando mueren setenta y nueve en la primera masacre carcelaria en febrero del 2021? ¿Cuándo llegaron tantas después que ya no nos interesa contarlas? (¿Te acuerdas de cuando contábamos las masacres carcelarias, te acuerdas?). ¿Cuando asesinan a un candidato presidencial en 2023? ¿Cuando circula la foto de la *pool party* en Miami? ¿Cuando no pudimos darles a cuatro niños una cancha? ¿Cuando los niños dejaron de ser niños? ¿Cuando los niños dejaron de ser niños y eso se volvió una condición irreversible?

Al otro día, el desayuno familiar de fin de año. Mientras, las imágenes de cuatro ataúdes pequeños forrados en plástico, con camisetas de fútbol encima, circulan por las redes. Mientras, las imágenes de cenas de verdad, no como la mía. Mientras, Instagram me sugiere *reels* de ropa, de productos para cuidar mis rizos, me informa de accesorios que nos envejecen.

Acá vamos, 2025. Volando bajo. «Tú que decías que ya no servía, tú que decías que ya no salía».

Me enteré de que a mediados del 2024 ha reanudado las clases el colegio de la profesora de segundo de básica y del padre llamado J. Me cuentan que con alegría. Y he decidido creerlo.

Tengo en mi velador una tarjeta de navidad que me ha dibujado una niña. Y no voy a permitir que le roben esa condición. La tengo como una estampita. Con eso y san Judas estamos.

En lo echado a perder he decidido no perder el entusiasmo. Que aparezca, que aparezca, que aparezca.

En lo echado a perder he decidido empujar.

\*\*\*

Mis agradecimientos a Carlos Tutivén, lector crítico y abierto, y a Héctor Chiriboga, que me proveyó o confirmó muchos de los datos presentados.